

# Verde sapo

Nataly González



## Capítulo 1

Hace unos años mis amigos del instituto y yo nos apuntamos a un taller de lectura del aura. El profesor, un señor con bigote que se refería a sus conocimientos como artes antiguas, pasó los primeros 40 minutos de la clase inmerso en una tediosa explicación acerca de la energía de los colores. Nos pareció todo aburridísimo, y yo lamenté los 30 pesos de la inscripción y no tener otros planes para aquellas vacaciones de Navidad.

Después de un rato, el profesor se dispuso a realizar una lectura de aura *in situ*. Puso a tres de mis amigos frente a una pared blanca al fondo del salón. Los miró por un instante y habló de los colores que reflectaban con la misma teatralidad que una pitonisa. Yo pensé que era todo muy ridículo y dejé escapar una risita nerviosa que hizo eco desde mi asiento hasta llegar al profesor, que me fulminó con la mirada. Era una mirada de cabreo común, de esas que se lanzan cuando alguien tose en el cine, pero por un instante, pude notar algo aterrador en sus ojos, un efecto palpitante que me dejó con una sensación horrible por el resto del día. Mi amiga Adriana soltó una carcajada y dijo:

- Profe, ¿de qué color es el aura de Andrea?

El profesor del bigote regresó al frente del salón y organizó sus folios.

- Verde sapo- dijo

Ha llovido diluvios desde aquel día, (diría mi madre), y mañana será otra vez Navidad. Tomo el metro en *Sainz de Baranda*, una estación con el andén tan estrecho que te traga cuando está abarrotada de gente. A mi lado se sienta un hombre que no deja de mirarse los pies y justo enfrente, una mujer que no nació en este continente. Al final del vagón, niños cantan villancicos desafinados y el público sonríe, todos encantados con la magia de las navidades y encandilados por las luces. En la próxima estación, aparece una mujer con un niño en brazos y el hombre que se mira los pies le cede su asiento. El bebé es uno de esos que te miran fijo, que busca una sonrisa cómplice para hincar los ojos y no soltar hasta que te giras, le sacas la lengua o le hablas con esa voz que ponen todas las madres a sus hijos hasta que cumplen 18.

Siempre que veo a un bebé mirón me acuerdo del día en que Adriana dio a luz. Entré al salón de recuperación y la vi con el bebé en brazos y los ojos rojos. Recuerdo que había flores en la habitación y globos de colores. Yo me quedé en la puerta, intentando poner buena cara mientras todos a mi alrededor sonreían, pero la verdad es que la escena me parecía asquerosa. El bebé olía mal y me daba escalofríos la idea de tocarlo así que inventé una excusa que no recuerdo y corrí a los lavabos del hospital para vomitar. Mis náuseas resultaron ser una flema atorada en la

garganta, de color verde oscuro, verde sapo.

Miro la oscuridad de los túneles por los que pasa el metro. Un contraste visual tremendo con la luz del interior del vagón. Poco después de aquella visita al hospital, desperté una madrugada con la extraña sensación de que alguien me miraba desde los pies de la cama. Empecé a sentir una compañía invisible en todo momento, como una nube negra que fue creciendo con los años y cubriendo todo lo que piso. A veces estaría mirando la tele en casa, o haciendo la cena, y de repente tenía la clara impresión de que, sobre mi hombro derecho, algún ente de fuera de este mundo estiraba sus brazos para alcanzarme, pero me giraba en el momento justo en el que desaparecía.

Empeora todo en Navidad, por supuesto. Supongo que esta época del año trae consigo una magia que no termina de encajar en mi mundo, con sus calles alumbradas y sus pinos mutilados. En Navidad el ente está siempre ahí, justo donde no puedo verlo, acechando mi hombro, acechando mi mente.

Salgo corriendo de la estación a un sitio que no disfruto, con gente que no me cae bien, a los que debo escuchar, respetar, reírle los chistes malos. No importa lo grande que se haga la nube, o el ente a mis espaldas, la rutina termina por hundir sus uñas en mi carne. Lluve un poco y el aire huele a castañas asadas. Llevo los zapatos sucios de lodo de la semana anterior, pero da igual. No sé cómo brillar debajo de esta nube.

Justo frente a las vitrinas de una frutería, me resbalo y caigo al suelo. Una mano mojada se posa sobre mi hombro, me toma del brazo y me pone de pie. Por un instante pienso que la existencia que me acompaña se ha hecho materia tangible y veré su rostro, pero en cambio me encuentro con un hombre mayor, vestido de harapos y con mal aliento que me mira con parsimonia.

- Siempre aparecen en los días mojados- me dice

- ¿Perdona?

- Los anfibios niña, les encanta la lluvia.

Me quedo ahí de pie con la camisa empapada mientras el anciano se aleja dando pasos cortos.

- ¿iPerdona!? - repito, casi gritando y entonces el viejo se detiene, se gira y señala la enorme vitrina a mi lado.

Miro mi reflejo en el cristal, siguiendo el dedo sucio de aquel desconocido y me quedo aterrorizada, detenida en el tiempo, mientras veo el reflejo de algo a mi lado, una criatura asquerosa, de ojos enormes y piel húmeda,

de manos planas y un color perfectamente distinguible:

- Verde sapo- dice el viejo- Ahí tienes a tu verde sapo.